

Reseña de libros

Escriben: ANTONIO PANESSO ROBLEDO
EDUARDO CAMACHO GUIZADO

VANCE PACKARD: *The naked society*. Edit. Longmans.

Para vigilar y garantizar la libertad hay que limitarla. Nuestras sociedades modernas con sus exigencias contradictorias de libertad individual y disciplina social encaminada a la convivencia y a la creación de prosperidad, han sometido al hombre a la mayor amenaza en la historia contra su vida personal. La técnica que ha llevado a la luna instrumentos de alta precisión es la misma que coloca micrófonos microscópicos en las copas de martini (como se dijo no hace mucho que sucedía en las recepciones soviéticas) y cámaras de televisión que pueden llevar a cualquier parte la imagen de la vida íntima sin que se den cuenta sus protagonistas.

La alta técnica del espionaje no se emplea solamente en ese extraño juego admitido ya de hecho entre las grandes potencias, robarse secretos los unos a los otros, sino también dentro de la misma sociedad liberal, con la razón o el pretexto de perseguir a los delincuentes. Este hecho, observado desde hace varios años, ha sido inevitablemente materia de esa sociología de clase media que en los Estados Unidos ha tenido tanto éxito, extendido luego por el mundo en traducciones y comentarios. Se trata de fenómenos de nuestra sociedad moderna, como la propaganda comercial, la ambición social de las clases medias, las "angustias del hombre contemporáneo", el psicoanálisis, los tópicos más atractivos para los escritores del Reader's Digest y que se consumen en grandes cantidades en los sectores masivos del mundo industrial, alfabeto pero incapaz de profundizar en las raíces de los hechos. Hay especialistas en este tipo de libros. El más conocido últimamente ha sido Vance Packard, que llamó la atención del mundo con su libro "Hidden Persuaders" sobre la propaganda "subliminal" o sea aquella que se puede introducir insidiosamente en el subconsciente sin pasar por la crítica ni el espíritu analítico. Ahora toma el tópico de la Sociedad Desnuda ("The Naked Society", Edit. Longmans, 1964), tan común como el de la propaganda comercial y muy afín a ella, como producto que es de las mismas estructuras económicas y sociales. Packard emplea en este libro el mismo estilo ligero de sus obras anteriores, más ameno que profundo, más espectacular que sólido. No se compromete jamás en una crítica concreta a la sociedad en que vive ni

a los llamados "factores de poder" que implícitamente aparecen en su descripción, que él cree descarnada, de la sociedad industrial moderna, sus compromisos, aspiraciones, bajas, glorias y miserias. Anota toda esa serie de métodos que el mundo moderno emplea para clasificar a los hombres, la técnica burocrática de la tarjeta en que queda impreso el historial de cada individuo, como en los archivos criminales la vida y obra de los delincuentes, en los partidos organizados lo que es cada miembro, con sus virtudes y flaquezas.

Algunas grandes empresas comerciales han instalado circuitos cerrados de TV mediante los cuales pueden vigilar las actividades de toda una fábrica, y no simplemente en lo que respecta al trabajo puramente industrial. El trabajador no sabe si su patrón es testigo de la coca cola clandestina, del cigarrillo prohibido, de la charla con el amigo o del beso furtivo a la secretaria. Hasta qué punto se han extendido estos sistemas en la administración pública, en la privada, en los servicios de vigilancia? El autor no lo dice. No tiene estadísticas ni fuentes de estudio ni encuestas. Da la sensación de que escribe con recortes de periódico, con una mezcla imposible de discernir entre lo posible, lo probable y verdadero. El señor Packard es el modelo de esa literatura equívoca, entre divulgación popular, charlatanería y apariencia científica a que están acostumbrando al mundo publicaciones semanales de los países más cultos, a la manera de Paris-Match, Life y otras menos conocidas en Italia, Gran Bretaña y Alemania.

Esta Sociedad Desnuda tiene todavía la ropa interior con que la visten los escritores como el señor Packard.

ANTONIO PANESSO ROBLEDO

BRONISLAW MALINOWSKI: *Los Argonautas del Pacífico Occidental*. Edit. Gallimard.

Bronislaw Malinowski era el caso típico del profesor europeo de la primera mitad del siglo, con la entereza científica, un poco vanidosa, del catedrático alemán, y la universalidad de su cultura, reforzada además por el método. Personalmente era difícil, en el terreno del colegaje profesional, violento en sus invectivas e intolerante con la estupidez, la mala fe o el simple error. El mismo se exigía lo que esperaba de los demás y científicamente hablando fue un investigador impecable, como lo comprueba cualquiera de sus obras, particularmente la que llamó Lévi-Strauss su "obra maestra". "Los Argonautas del Pacífico Occidental" (versión francesa "Les Argonautes du Pacifique Occidental", a su vez traducida de la edición inglesa con el mismo nombre, edición Gallimard, París, 1963), uno de los trabajos clásicos de la etnografía moderna. El prólogo de la obra original fue escrita por el gran patriarca de la etnografía y de la antropología inglesas, sir James Frazer, el autor de "La Rama Dorada", una de las obras claves de su género, aunque la crítica moderna haya revaluado algunos de sus conceptos.

Si el hombre ha sido siempre fascinado por la vida de los "salvajes" (término que por cierto no debe usarse en un tratado científico), se debe ello sin duda a la idea, exacta en parte, de que los pueblos llamados primitivos mantienen viejas tradiciones humanas que han ido desapareciendo de la mentalidad moderna pero sobreviven oscuramente en las tradiciones y en los instintos de la especie. Montaigne y Rousseau creían de buena fe en el "noble salvaje", esa especie de abstracción sentimental que habría sido el hombre primigenio antes de su caída, el hombre del paraíso. La antropología moderna, más cautelosa, ha encontrado que esa idea es falsa pero en cambio ha descubierto territorios de increíble interés en los pueblos que viven en nuestro lado históricamente pero que en realidad guardan sus vínculos con sociedades humanas radicalmente diferentes en sus conceptos culturales. La magia, como decía Frazer, es un "factor de importancia económica primordial para el bienestar y aun para la simple subsistencia de la comunidad", lo que contradice la falsa opinión común de oponer la magia a la religión, considerando la primera como maléfica y antisocial. En realidad, la magia puede ser tan social —o antisocial— como la religión. Depende del uso que los individuos o las sociedades mismas hagan de ella.

Y ese no es sino uno de los aspectos que trata el etnógrafo. Para penetrar hasta allá en una tribu indígena del Pacífico occidental, Malinowski cuenta en este libro —que parece un relato de aventuras de un hombre de ciencia, y acaso lo es realmente— sus primeras experiencias para acercarse a un hombre que no participaba en absoluto de ninguno de los valores naturales a nuestra civilización. Empezando por el idioma, que es el primer puente que debe construirse y que a veces constituye por sí solo un estudio suficiente para desanimar a los más animosos. Los precursores (Cushing, Boas, Codrington) habían realizado ya estudios a fondo sobre pueblos "primitivos" como los zuni, los esquimales, los melanesios, pero no habían logrado siempre deshacerse de sus naturales prejuicios occidentales y "blancos" al acercarse a pueblos completamente distintos. Era natural, casi inevitable, pero no científico. Malinowski es probablemente el primer hombre de ciencia que plantea la objetividad radical para describir la vida de pueblos indígenas y de culturas llamadas primitivas o salvajes, términos que ya de por sí implican un prejuicio. Para evitar mezclar en su trabajo las ideas preconcebidas, dijo y practicó, es preciso romper lazos con el mundo ordinario en que vive el investigador y vivir con el pueblo que se quiere estudiar para una obra científica. Eso fue lo que hizo Malinowski, sometiéndose a un régimen de vida que acabó por reclamarla, en la plenitud de sus capacidades de investigador, pero afortunadamente después de dejar unos trabajos, como *Los Argonautas*, que constituyen al mismo tiempo un modelo de ciencia investigativa y de relato sobre lo poco que aun queda en el mundo para descubrir.

ANTONIO PANESSO ROBLEDO

Cuatro o cinco libros lleva publicados ya el escritor argentino Julio Cortázar, nacido en 1914. Algunos han sido traducidos al italiano, al alemán y al francés y han merecido comentarios elogiosos en los periódicos de Europa ("Cortázar es un cuentista magistral" dijo Henri Hell en *L'Express*). Su novela *Rayuela*, aparecida recientemente, parece ser su obra de mayor ambición, pero es dudoso que en ella supere Cortázar la maestría de algunos de los cuentos de este libro inquietante y turbador.

El libro consta de dieciocho cuentos distribuidos en tres apartados. Son piezas breves —algunas de dos páginas tan solo— y su valor desigual. A simple vista Cortázar parece revelar su filiación borgiana en la ruptura de las convenciones de espacio y tiempo, en cierto desprecio por la realidad cotidiana. Desde luego, el elemento que domina en la mayoría de estos relatos es lo insólito, pero o deja de haber también el cuento de gran simplicidad argumental que con gran delicadeza pero de manera realista pone al descubierto situaciones humanas; así por ejemplo el titulado "Los venenos", donde ante los ojos de un niño aparece por primera vez la hiriente realidad de la mentira, el dolor, los celos.

En mi opinión existen dos peligros en la "literatura fantástica" (como la llamaría Borges), a la que pertenecen algunos cuentos de Cortázar. Uno consiste en que se puede caer en el juego sutil e inteligente, pero sin consecuencias, en el que casi se admira más el talento del autor que la obra misma. Otro de estos peligros es el de que a veces se abusa del manejo de trucos y trampas que, al quedar al descubierto, dejan en el lector la impresión de que el autor no ha estado jugando limpio. En algunos de los cuentos del presente volumen, Cortázar parece caer en el virtuosismo, en la acrobacia intelectual, en la sutileza demasiado refinada. Pero en "Los venenos", en "Las Ménades", en "Después del almuerzo", en "Axolotl", para citar unos cuantos, la inteligencia, la fantasía, el dominio del lenguaje, y el equilibrio producen pequeñas obras maestras.

Me parece que la diferencia que existe entre Borges y Cortázar —una de las diferencias, diría mejor—, revela una de las grandes cualidades de este último. Mientras ante algunos de los cuentos de Borges uno tiene que sonreír de admiración al descubrir el talento, la erudición y la inteligencia del autor, ante los mejores relatos de Cortázar, el lector siente una inquietud, una turbación difícil de definir. Tal vez se podría decir que, mientras Borges ataca más directamente la inteligencia, Cortázar llega antes a la sensibilidad. Quiero decir —y es claro que estas frases no se deben tomar en sentido literal—, que Cortázar está tal vez más cerca de la vida, de lo humano inmediato, a pesar de su frecuente ruptura de las convenciones, mientras Borges apunta más bien hacia la leyenda, hacia la tradición o hacia terrenos más fantásticos o irrealistas, hacia lo mediato, en una palabra.

En todo caso — y para terminar— hay que decir estamos ante un escritor que va a seguir dando mucho que hablar en el ámbito de la literatura hispanoamericana.

EDUARDO CAMACHO GUIZADO

Como es sabido esta novela obtuvo en 1962 el Premio Esso que, como también se sabe, constituye el único galardón novelístico de interés (¿existe algún otro, aunque sea sin interés?) que ofrece el "país cultural".

Toda discusión acerca del merecimiento de una obra en lo que se refiere a concursos parece inocua al tener en cuenta que un premio se concede generalmente al libro que el jurado considera superior dentro de los que compiten. Sin embargo la obra premiada con el único premio de novela importante adquiere un relieve innegable dentro del precario panorama de nuestra producción literaria.

Al finalizar la lectura de la novela de Zapata puede quedar el lector con dos confusas impresiones: el horror, la protesta ante esa espantosa realidad que se le pone delante y que reconoce como cotidiana e inmediata debajo de su apariencia suavizada y eufemista. La segunda, algo posterior y más crítica es la de que la novela tiene un carácter demasiado "documental", demasiado escueto, demasiado inmediato. El tono de crónica periodística pugna con el designio creador, con la indispensable voluntad de estructura del novelista.

Después se da uno cuenta de que el autor ha previsto tales reacciones en el lector. Creo que a ello se debe la advertencia inicial: "El conocimiento de un Juan Evangelista de Pereira o de un Rafael de Bogotá, personajes de carne y hueso que claman una posibilidad de salvación, inhibe a la mente de entrarse en un relato de ficción, cuando se sabe que la realidad palpable es la que gobierna la pluma y ordena escribir los capítulos que jamás soñó el más creativo de los autores".

Ahora bien, el libro incluye como su elemento más notable el método psicoanalítico. Así, pues, por una parte la novela tiene reminiscencias de caso de permanente; por otra se revela francamente como caso siquiátrico. Pero hay algo más: aquello sin lo cual no sería una novela sino una historia clínica. Los elementos antes mencionados se integran en una "historia", en una estructura literaria. Sin embargo, precisamente, el reproche que podría hacerse a la obra consiste en que esa integración, esa trabazón estructural no es lo suficientemente sólida. Así, el libro se apoya en buena parte en el dramatismo de una situación extraliteraria y su valor "documental" tal vez supere su valor puramente novelístico.

No obstante me parece que la obra de Zapata (escrita en un lenguaje escueto que a veces se arrastra con notoria falta de decoro literario) ofrece una nota positiva que tal vez podría equilibrar sus defectos: su planteamiento no es simplista. El novelista no ofrece soluciones; se limita a presentar los términos del problema y, ello me parece de gran importancia, no de una manera lateral, sino buscando la totalidad. Así, la conciencia angustiada del siquiatra se estrella en sus intentos de solución con la despiadada pero legal actitud del juez; la fría honestidad de este, choca contra los hechos. El siquiatra acusa al juez "de administrar justicia resentida"; el juez responde: "Yo no legislo. La ley está

entronizada muy por encima de las pasiones oscuras que usted señala". Pero el propio juez se halla imposibilitado al tratar de cumplir la ley: "Según las leyes, a estos niños no se les debe mantener aquí en la Alcaldía sino una semana, a lo sumo. ¿Qué culpa tengo si no se les remite con prontitud a la 'Fagua', al 'Redentor' o a uno de esos albergues tan de moda? Puedo mostrarle las cartas dirigidas a esos establecimientos y sus respuestas. "No nos manden más reclusos porque no hay cupos". "Nuestros muchachos han sido ya rehabilitados y no queremos focos de contaminación". ¿En qué paran mis neurastenias? ¿Qué tiene que ver la ley con estos problemas carcelarios que la desvirtúan?". Ni el siquiatra ni el juez, pues, tienen la solución. Tampoco la "culpa" la tiene el legislador como afirma el juez. Tal vez ni el siquiatra ni el juez se dan cuenta de que ellos mismos y lo que representan no son más que elementos de una situación social, económica, política, histórica en una palabra, que es la verdadera "causa", el verdadero problema. Me parece que aquí se encuentra el fundamento de la novela y su mejor virtud.

EDUARDO CAMACHO GUIZADO